

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 18 de Marzo de 1897

Núm. 330

MÚSICOS EMINENTES



El maestro Albéniz



Palique

Bremón no cree en la buena fe de los Estados Unidos.
Bueno, bueno; hable usted, y después que nos venga por su culpa un conflicto internacional.

¿No le basta á usted ser un *conflicto* nacional?

Y dice Bremón: «en el siglo xvi la farmacia española y sus profesores estuvieron al frente de todas las naciones».

¡Demonio! ¡Y la historia universal que no sabía una palabra! ¿Conque en el siglo diez y seis los boticarios hispanos dieron un golpe de Estado y se pusieron *al frente de todas las naciones*, es decir, impusieron el Cesarismo hispano-farmacéutico?

No llegó á tanto el doctor Garrido en el siglo xix.

Y sigue Bremón:

«...y singularmente y en corporación Barcelona y Zaragoza.»

¿Conque singularmente... y en corporación? ¿Y cómo puede ser eso? Porque yo no se que pueda uno singularizarse... en corporación. Y además, si fueron Zaragoza y Barcelona, que son dos, tampoco fué singularmente sino *pluralmente*.

El ilustre droguero literario, sigue diciendo: «...inserta en su *Tratado de peste* varios perfumes»...

Comprendo que se perfume un tratado de peste... pero ¿cómo se insertan los perfumes?

«El señor Olmedilla ha publicado y nos obsequia con un ejemplar de su *Estudio etc.*»
Resulta que Olmedilla ha *publicado con* y ha publicado un ejemplar.
Corta me parece la edición.

Y sigue Bremón, más boticario cada vez:

«Poniendo hojas calientes sobre el dolor...»

Dificilillo me parece eso. ¿Cómo se han de poner hojas, ni siquiera paños... calientes... sobre un dolor? Se podrán poner sobre el miembro que duele, pero sobre el dolor... no hay manera.

«Tomando el humo por la boca hace echar las materias del pecho á los asmáticos.»

De modo que el médico toma el humo y los enfermos echan las *materias del pecho*? El médico fuma y los enfermos escupen.

¡Qué Bremón éste, qué cosas descubre cuando se mete en farmacopeas de *cuatro siglos ha!*

* * *

¿Se acuerdan ustedes de aquel Calínez que se empeñaba en ser tres graciosos distintos y un solo *Gedeón* verdadero? Pues ya ha enseñado la hilaza. El pobrecito, inexperto, no comprendió que lo que yo me había propuesto, y así lo dije á varios amigos, era quitarle la gana de decir chistes fúnebres y el traje de clown, y hacerle salir al medio de la pista... despistado y en mangas de camisa, pálido, sin colorete ya, diciendo cosazas de *comunicado*, como cualquier concejal en entredicho.

¿A qué declara que es Fulano de Tal, un solo cursi verdadero, y no tres graciosos, como ahora dice?

Y en efecto; *por fin* se descuelga firmando una porción de mentiras, como él dice con frase digna de... *la plazuela de la verdura*.

Y ¡qué desengaño para los que creían que el autor del *Ojeo* era alguien!

¡Quiá!

Se llama F. Navarro Ledesma.

¿Ven ustedes? Nada.

Hay que llamarse algo que suene.

Para atreverse con Castelar, Balart, Giner, Salmerón, Emilia Pardo Bazán, González Serrano, Unamuno, etc., etc., hay que ser algo más que un *mero* F. Navarro Ledesma, que no es más que una variante de Juan Fernández.

* * *

Este Ledesma, este buen Navarro, este *inaudito* F., se las echa de amigo de Galdós.

Verán ustedes qué amigos tiene... don Benito.

Don Benito enseñó á Ledesma, *illo tempore*, una carta mía. Y, por lo visto, Ledesma se quedó con ella ó se la aprendió de memoria.

Y ahora Navarro se burla de lo que yo decía *privadamente*, no á él, sino á Galdós, en aquella carta, y amenaza con comentar públicamente su contenido.

¿Cree el buen Navarro que la moral y la educación son compatibles con semejante abuso de confianza?

Cartas que yo escribo, *en el seno* de la intimidad, á Galdós, de mí para él, ¿puede publicarlas ni comentarlas en un periódico un extraño, un Ledesma?

¿Qué idea tiene del... *savoir vivre*, ese Ledesma?

¿Con qué cara se presentará ahora á Galdós?

Oiga usted, caballero, le dirá el maestro; ¿con qué derecho quiere usted sacar partido para la defensa de su vanidad, de las cartas que me escribe á mí Clarín y que usted ha visto por excesiva bondad mía?

* * *

También se *agarra* á Menéndez y Pelayo el Ledesmita, que *se las echa de erudito*... limpiándole las bótas con la lengua á su *ilustre* amigo.

Y quiere enemistarle conmigo diciendo que yo he llamado plagiarlo á Menéndez y Pelayo.

No sabe Ledesma que la amistad de estos dos condiscípulos, Menéndez y Clarín, está fundada en base muy sólida, como hace poco me recordaba Menéndez en carta carísima, que no enseñaré á Navarro. ¡Dios me libre! ¡quién le enseña *documentos privados* á este erudito con ganzúa!

* * *

Yo no he llamado plagiario al insigne y querido Marcelino. He dicho, y es verdad, que en varios juicios acerca de Galdós y sus obras habíamos coincidido, de lo que yo me alegraba. Empezaba por decir que no creía que Menéndez me hubiese leído á mí. Y si no me leyó, ¿cómo me había de plagiar?

Quién plagia es Ledesma, que copia esa calumnia de otra idéntica de un *Gil Blas de Santil'ana*, crítico (!) en *El Día*.

¡Pobre Ledesma! ¡Plagiario de un *mono sabio*... mucho menos sabio que él, sin duda alguna!

* * *

Dice Bremón que no tienen buena fe los Estados Unidos.

Peor la tiene Ledesma, que se pasa la vida queriendo meter cizaña.

Mucha envidia tiene á todos los que escriben en *Los Lunes* de *El Imparcial*, donde á él no le quisieron *varios* artículos.

Primero dijo, chismoso como siempre, que Clarín estaba en *El Imparcial* prendido con alfileres. Y ahora dice que para que me publique *El Imparcial* las *Revistas literarias*, tengo que partirlas en dos. ¡Malicioso! ¡Qué más quisiera usted que le partiera *El Imparcial* los artículos... y se los pagara á treintá duros!

Quién los divide soy yo, infeliz, cuando me salen muy largos. Y en la *Administración* me pagan trescientas pesetas por una parte y trescientas por la otra. Al *lector* no le importan estas menudencias; pero al *reo*, al pobre Ledesma, sí, porque se morirá de envidia. Que rabie.

¿Qué casta de pájaro literario será este Navarro que le hace á uno hablar de estas cosas? No es un literato, es una comadre. Una *triste comadreja*.

Es un Tersites sin ingenio.

CLARÍN.





Las novias del Indiano

—¿Por qué no me he casado, preguntan ustedes? — dijo D. Facundo sonriendo con cierta melancolía— por una razón muy sencilla: porque creo que Dios no lo ha querido.

—¡Jesús!... ¡qué disparate! — chilló una señora rubia y bien conservada — no querer Dios que uno se case... diga V. más bien que no ha querido sacrificar la pecaminosa libertad del solterón al santo yugo del matrimonio.

—Sí, sí, no puede ser más que eso... — exclamaron en coro las demás señoras de la tertulia.

—No lo crean ustedes — replicó con mucha suavidad el indiano — y puesto que no aceptan la intervención divina en lo de mi celibato, pongamos que ha sido obra del destino, de la fatalidad, de..., de lo que ustedes quieran; pero no de mi voluntad, ni de mi deseo, que me han inclinado siempre al matrimonio.

—No entiendo—repuso una señora morena, flaca y nerviosa — explíquese V., D. Facundo.

—Figúrense ustedes—prosiguió éste—que yo había nacido para ser casado, ó que así al menos me lo figuraba. Desde muy joven cifraba todo mi ideal de felicidad en llegar á tener con el tiempo y cuanto más pronto mejor un hogar tranquilo, comfortable, embellecido por la presencia de una mujer amante, hacendosa y buena que me hubiese dado media docena de chiquillos.

—Nada más fácil...—interrumpió una dama joven, bonita y aturdida, que se ruborizó hasta el blanco de los ojos, oyendo la carcajada general arrancada por su ingenuidad.

—Nunca he sentido afición por esa vida independiente del soltero que muchos consideran tan atractiva;—continuó D. Facundo—mientras que la existencia del hombre bien casado me pareció siempre envidiable, por ser la única que puede proporcionar la verdadera felicidad, tal como la entiendo yo. Y tanto lo creía así desde mi juventud, que á los veinte años estaba ya prometido. Sí, señoras mías, prometido formalmente á una joven con quien había cambiado juramentos de amor eterno y de constante fidelidad.

—¿Y por qué no se casó V. con ella?—interrogó la dama morena y nerviosa—¿murió tal vez?

—No, señora, no murió—dijo D. Facundo, en cuyo semblante se pintó una expresión tristísima — pasó otra cosa. Como yo no contaba en aquella época con recursos para sos-

tener una familia, le dije á mi novia: déjame ir á casa; allí trabajando de firme, me haré en pocos años con un capitalito; cuando lo tenga, te lo avisaré; entonces te embarcas y te reunes conmigo; nos casamos, y seguiré trabajando hasta que seamos ricos: quiero la riqueza para verte feliz, rodeada de lujo; para que nuestros hijos, si Dios nos los concede puedan llevar una existencia segura, dichosa, exenta de las amarguras que asaltan continuamente al pobre. Mi prometida me contestó: márchate pues; mi corazón es tuyo y te esperará. Me embarqué para Cuba; trabajé como un negro durante cinco ó seis años, conseguí reunir un capitalito, la primera base de mi fortuna, y cuando pensaba hacer un viaje á España para casarme con mi Isidra, escribióme ésta, diciéndome que... que la olvidase, puesto que estaba en vísperas de casarse con otro.

—¿Y por qué no hacía V. lo mismo? — saltó la dama joven y bonita — ¿por qué no se casó V. con otra?... me parece que no faltan mujeres casaderas.

—No... no faltan; — replicó D. Facundo sonriendo — y pasados algunos años, cuando se me hubo disipado el amargo dejo que me quedaba en el alma por la... inconstancia de Isidra, traté de casarme en la Habana con una huérfana pobre, hija de un militar amigo mío, muerto en la manigua. Soledad era una muchacha honradísima, buena como el pan, de físico poco agraciado, pero de corazón tan recto, de alma tan pura, de inteligencia tan clara y tan elevada... Era un ángel... pero esta tierra no se hizo para los ángeles, y un día, en vísperas casi de casarme, cayó enferma mi prometida, y...

—¿Murió?... — preguntaron á media voz, con acento enternecido las señoras.

Hizo un gesto afirmativo el indiano, en tanto dos lágrimas asomaban en los rinconcitos de los párpados. Hubo una pausa y luego prosiguió el solterón, diciendo:

—Como no hay dolor que el tiempo no endulce, por vivo que haya sido, y juro á ustedes que el mío fué profundo, á la vuelta de algunos años y cuando me arrimaba ya á la temida frontera de los cuarenta, me dije una mañana: Facundo, eso no puede continuar así; te aproximas á la vejez y tienes que casarte; todo el dinero que posees no te proporciona la felicidad que sólo se encuentra en el seno de la familia; busca, pues, una mujer que te dé la dicha y á quien puedas hacer dichosa. A los tres meses de echada esa sabia reflexión estaba ya comprometido con una viuda de edad proporcionada á la mía, puesto que había cumplido ya los treinta y uno; muy señora, muy guapa, muy amable y sin un cuarto. Estaba yo convencido de que mi elección no podía ser más acertada, y apremiaba los preparativos de la boda, cuando el arreglo de cierto asunto mercantil me obligó á ausentarme por unos días de la Habana, para irme á Matanzas. Consuelo me escribía diariamente cartas cariñosísimas, á las que yo contestaba en términos apasionados, aunque sea ridículo el confesarlo. Y ya se harán ustedes cargo de la sorpresa que experimenté una mañana al encontrar bajo el sobre dirigido á mi nombre, una epístola que decía poco más ó menos:

«Pancho mío: no tengas esos celos intempestivos; ¿cómo puedes tenerlos de un hombre que ya es casi viejo y soberanamente feo?... Verdad es que me caso con él: no es caso de desperdiciar un partido como ese... figúrate tú; ¡más de trescientos mil duros!... Pero bien sabes, pichón, que lo que es querer no quiero, ni he querido, ni querré más que á tí. Siempre tuya, Consuelo.»

—¡Qué descaró! — exclamó la señora morena.

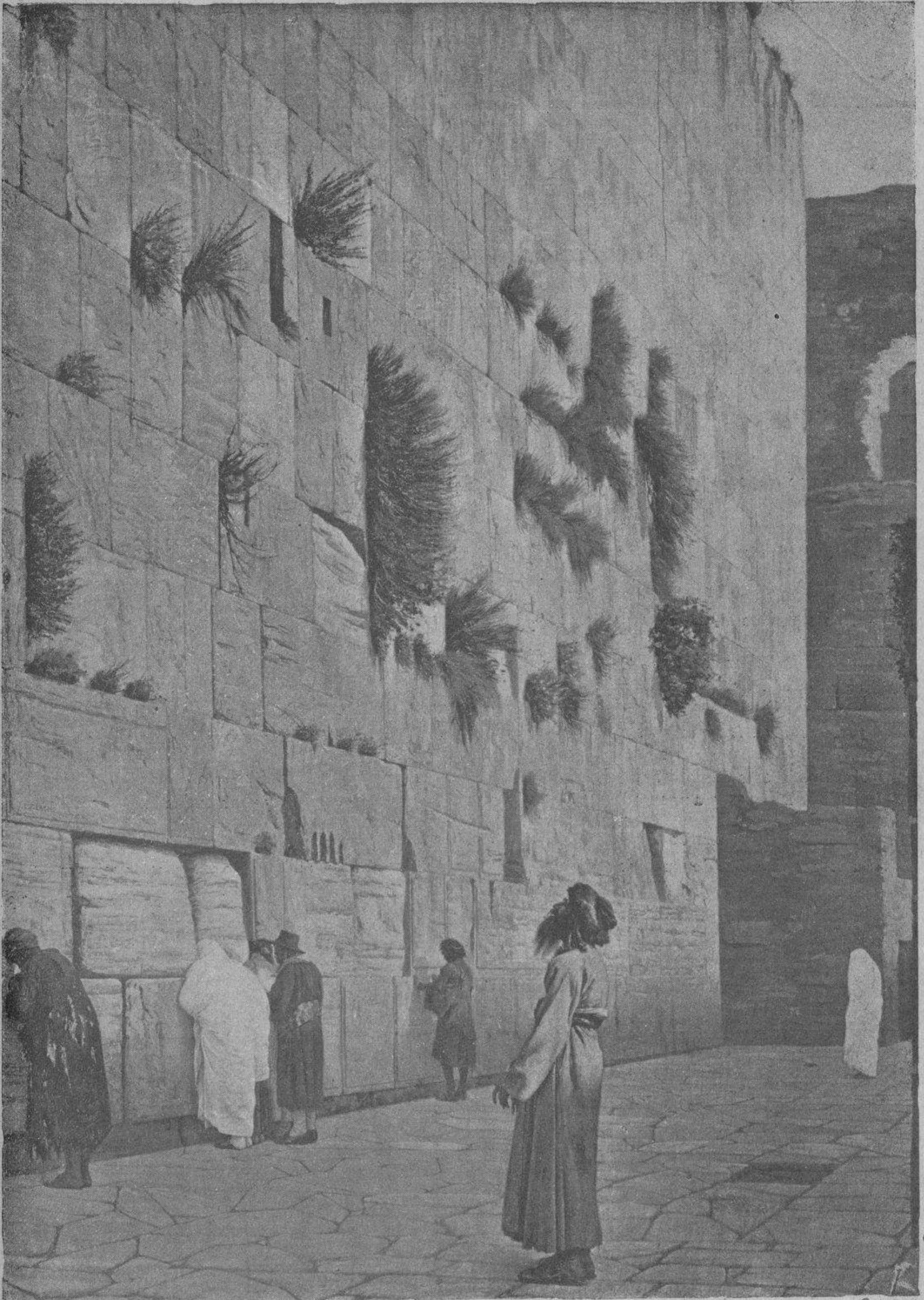
—¡Y que aturdimiento! — observó la rubia — trabucar de esa manera las direcciones.

—Como comprenderán ustedes — concluyó el indiano — quedó roto el proyectado enlace, y comprendiendo desde entonces que el casarse no se había hecho para mí, decidí conservar mi soltería.



JUAN BUSCÓN.

GEROME



El muro de Salomón



Últimas abjuraciones

¡Voy á morir! Prenda del alma mía,
Este el centón de mis quimeras es;
Leed, leed, y de la gloria impía
De tanto error abjuraré después.

EL HIJO (*leyendo*)

—«Cuna de rosas, al nacer, hollamos.»

EL PADRE

¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO

—«Rosas, la vida al comenzar hallamos.»

EL PADRE

—¡Falso! Los pies por entre abrojos van.

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias
Que el fin amargan de mis horas ved:
¡Cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y estarmentad: leed.

EL HIJO

«Su vida el hombre de ilusiones puebla.»

EL PADRE

¡Ay! Necio error á la ilusión llamad.

EL HIJO

—«Huye la edad de la razón cual niebla.»

EL PADRE

—¡Horror! ¡Pasad, horas sin fin, pasad!

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa,
Pasa en engaños la primer mitad,
La otra mitad en desengaños pasa:
¡Nunca olvidéis esta cruel verdad!

EL HIJO

—«¡Triste es dejar del mundo la presencia!»

EL PADRE

—¡Mundo, os doy ledo mi postrer adiós!»

EL HIJO

—«Perece el bienestar con la existencia.»

EL PADRE

—¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



RECUERDO DEL CARNAVAL DE 1897



Niños premiados en la cabalgata infantil

Fot. de Esplugas



Niños premiados en la cabalgata infantil

Una barba en Hong-Kong

Entre las varias cosas que yo no sé hacer sólo, figura el afeitarme; y no es porque no lo haya intentado diversas veces, sino porque soy torpe y he tenido que desistir de ello para que no se me fuera la cara en probaturas.

Asisto, pues, á la peluquería (cuando donde resido la hay) porque el barbero á domicilio tiene más inconvenientes que ventajas. En primer lugar, suele ejercer al mismo tiempo la cirugía menor, y á mí no me gusta que me soben la cara con la mano con que acaban de poner al vecino una docena de sanguijuelas.

Además, la hora fija me mata. A mí se me figura que para afeitarse se necesita, como para comer, tener apetito; y sobre todo, estar cómodo. Eso de sentarse en una silla cuyo respaldo no llega á los omoplatos y doblar la cabeza por las vértebras cervicales sin más apoyo que el vacío mientras le rasuran á uno la sotabarba, es una actitud muy propia del que busca la inspiración para un soneto, pero insostenible para el cliente, que no siempre tropieza con un maestro que sepa *trinchar al aire*.

Luego, aquel jabón lleno de senos y de sinuosidades como un globo terráqueo de relieve, la cafeterita con el buche de agua, sólo templada al calor de una locuacidad del Fígaro, y las yemas de los dedos curadas al humo como los jamones de sierra Nevada, son capaces de hacer envidiar la suerte del capuchino y de convertir á la parte masculina de la humanidad en una inmensa brigada de gastadores.

En cambio, ¡qué atractivos los de la peluquería! Allí entra uno á la hora que le place á hacerse podar los espárragos de la cara. Un gesto del oficial basta para que usted comprenda que le ha llegado su turno. El silencio reina en torno, interrumpido únicamente por el cadencioso ritmo de la tijera y el acompasado roer de carcoma de la navaja. Todo huele bien; las sillas son cómodas y las cómodas encierran paños de irreprochable blancura. Los victimarios son limpios, y por lo común inteligentes; cuando no se tropieza con un alumno de la escuela de Medicina de San Carlos (lo que se adivina en el cuidado

con que le raspa á uno la región yugular), da con un estudiante de derecho incapaz de sacar una raya torcida. Hay periódicos, estufas, relojes, y cada operación no cuesta más que un real y una propina de cuatro cuartos.

Pero para el observador existe además otro placer en la peluquería; el estudio de las debilidades humanas y el descubrimiento del carácter en el adorno capilar de cada individuo. Allí se adivina al hombre gruñón y de mal genio en la íntima unión del bigote con la pera: rectángulo que le da el aspecto de un perro dogo con bozal. En patillas las hay financieras, que parecen sorbetes invertidos; *Sportman*, cuya misión es conservar la cara entre paréntesis; toreras que penden de las sienes como dos jamones en la puerta de una abecería. Las guías afiladas como leznas son patrimonio del hombre de cortos alcances. Las aficiones artísticas se traducen en una barba en muesca que abre una enseña en cada carrillo. Una perilla aislada en el campo fisonómico, arguye el vicio de tomar rapé. Al militar retirado le hace traición el cepillo que le cuelga debajo de las narices. La cara mocha es de hermano de cofradía; la peluda, de marino. Porque todos tenemos la tema de lucir en el semblante el padrón de nuestras inclinaciones, en la persuasión de que así estamos más bonitos; y hacemos de los pelos una especie de ortografía, á fin de que el transeunte nos lea el carácter con puntos y comas.

Pues bien; por las razones dichas y por otras que omito, yo he visitado muchas peluquerías; pero en ninguna dí con un refinamiento semejante al de la de Hong-Kong, montada al estilo americano y servida por yankees, hasta hace poco que ha pasado al dominio francés, y perdido, por ende, su sello primitivo.

El establecimiento, aunque más lujoso, es parecido á los de Europa. Los oficiales, en mangas de camisa y sujetando el vuelo de la tela de los brazos con unas ligas elásticas para que el puño no se les baje, llevan un bolsillo abierto en la parte posterior de los pantalones, y en él depositados sus útiles.

Una butaca descomunal recibe al parroquiano, que si es neófito se sienta sin encontrarle la embocadura á la posición, si embocadura se le puede llamar por metáfora. El peluquero le indica que se arrellane, le da un empujoncito, y el cliente queda acosta-

RECUERDO DEL CARNAVAL DE 1897



Niños premiados en la cabalgata infantil

EL CARNAVAL INFANTIL EN BARCELONA



Niños premiados en la cabalgata organizada á beneficio de la «Cruz Roja»

Fot. de Esplugas



do como en su propia cama, con los pies apoyados en un á manera de reclinatorio, ó más bien silla de fumar que al efecto encuentra delante.

—Cortar el pelo—dice usted;—y en seguida la almohada mecánica desaparece, y por resorte queda tan tendido como estaba, pero con la cabeza libre y el cuerpo recostado en

RECUERDO DEL CARNAVAL DE 1897



Médico de la «Cruz Roja» en traje de servicio

Fot. de Esplugas

el espaldar. Envuelto que es en multitud de paños, después de quedarse usted casi en los suyos menores, principian por darle una mano de polvos de arroz para que los pelos no se adhieran á la epidermis, que le dejan como un yesero.

A todo esto el *pancá*, que es una especie de abanico enorme de lona pendiente del techo, le está refrescando la sangre al paciente con sus balances, si es en verano: y si es en invierno, la chimenea lo reemplaza.

Contar á mis lectores la primorosa obra de cisografía que aquel yankee ejecutó sobre la extremidad superior de mi individuo, sería prolija tarea. Momento hubo en que levanté la cabeza alarmado, creyendo que me había escrito con las tijeras alguno de esos aforismos que suelen ponerse en España sobre los lomos de las mulas manchegas, ó por

RECUERDO DEL CARNAVAL DE 1897



Médico de la «Cruz Roja» en traje de gala (plaza montada) *Fot. de Esplugas*

lo menos mi monogramâ; però nó, nó erân más que perfiles, redondeaduras y planos de secciones para el resultado matemático de la operación.

Una pasada á pelo y á repelo de cepillo mecánico, muy semejante á una almohaza, y una barredura de los polvos, me dejaron sin un cabello suelto. Entonces me preguntó el ejecutante:

—¿Shampooing?

Y yo, por contestarle algo, le dije: *yes*, porque la verdad es que no entendí lo que me dijo:

Y me arrimó tal enjabonada en la zona occipital, que nunca he experimentado mayor satisfacción de ser rubio; pues sin querer se me vino á las mientes aquello de *quien lava la cabeza á un burro negro...*

Entre él y el boy chino, su ayudante, me llevaron como un reo al lavatorio. Enjuagado que fui, me restituyeron á mi butaca, y frota por aquí, frota por allá, en cinco minutos me quedé más seco que si me hubieran puesto á escurrir al sol. No obstante, y por si aun había alguna humedad, empuñaron los dos unos abanicos y... vamos, que me tuve que agarrar á la silla, porque si no salgo de ella volando. Esto era en Julio; supongo que en Enero los abanicos serán substituídos por incensarios.

En este punto volví á acostarme y dió comienzo la afeitadura. El barbero, que se había lavado las manos, se las perfumó con agua de Colonia, con cuya esencia me friccionó las mejillas. Después me pasó la brocha y acto continuo la navaja. ¡Pero qué navaja!!! Parecía el sol disipando el vendabal; no me quedó ni un remolino en la cara. Todo era tocarme para encontrar huellas de mi viril fisonomía y me sentí barbilampiño. A punto estuve de gritar como Nerón: *Varo, devuélveme mis legiones*, porque tuve la duda de que el acero fuese epilatorio.

Tres pasadas llevé; las mismas con que se blanquea el arroz valenciano. A renglón seguido el hombre me lavó; pero no así como se quiera: ojos, orejas, fosas nasales; en suma, un baño.

¡Y qué manera de secarme! Mientras la mano izquierda se encargaba del lado derecho, con la diestra hacía simultáneamente una infinidad de operaciones en el opuesto. La región tenar me restregaba el labio, que por cierto se me ponía como un morro; la hipotenar me acariciaba la mandíbula: con los dedos pulgar é índice me urgaba las aberturas del cartilago nasal; y por último, con el meñique me recorría todo el modelado de la oreja izquierda, produciéndome unas cosquillas tan agradables, que á no haber *pancá* me duermo.

Con los ojos cerrados me hallaba, cuando me sentí rociado por un balsámico perfume que descendía sobre mi rostro desde un aparato pulverizador, que al pronto me hizo el efecto de esos buches de agua con que las planchadoras preparan las camisas.

Me volvieron á pasar la borla, me peinaron, diéronme un retoque con un cepillo aromático en cejas, bigote y perilla, y pedí que me recortaran ésta para estar más guapo. Hecho lo cual me vestí, el boy me quitó las motas, y como ya no hacían más conmigo, pregunté cuánto debía.

El oficial me enseñó un cuadro con los precios y leí esto que traduzco:

Cortar el pelo..	Ds. 0'50
Afeitar.	» 0'25
Shampooing.	» 0'25

Hice mentalmente la suma y ví que se elevaba á un peso, ó sea veinte reales vellón.

No dije nada, aunque protesté *in mente*, y entregué un billete de cinco duros. Me devolvieron el cambio y noté que faltaban veinticinco centavos. Aduje que había error y me respondieron:

—No, señor; los cinco reales son por el recorte de la perilla.

Entonces me señalaron otro cuadro donde estaba escrito lo siguiente:

For the benefit of the assistans.

O lo que es lo mismo: la propina, señor.

Dí, pues, un real y... me quedé sin él.

Cuando salí á la calle me encontré á un amigo que me preguntó si allí afeitaban con esmero.

—Sí—repuse;—pero yo no puedo volver hasta que me salga la lotería.

ENRIQUE GASPAR.



RECUERDO DEL CARNAVAL DE 1897



Niños premiados en la cabalgata infantil.

Fot. de Esplugas



—¡Cinco céntimos para pan, caballero.



—Ahora recuerdo que me he dejado el portamonedas en casa... Me dejas un par de duros, chico?



—Puesto que *guervo* de Cuba con *salú* y que me quieres de *verdá*, hazte el cargo, *Nicamora*, de que vas á *orsequiarme* con unas copas y una *cajetiya*.

Allá, por los años de la conquista americana, llegó de Nueva España un valiente y aguerrido soldado natural de las montañas asturianas; venía del nuevo mundo ya libre del servicio patrio, trayendo, por toda riqueza, una inmensa pepita de oro que era, relativamente á la pobreza de su familia, una verdadera fortuna; estaba el buen soldado tan gozoso de su carga y tan impaciente por llegar á su aldea y sacar de la escasez á sus parientes y deudos, que no se paró en considerar que aquel pedazo tosco y grande del valioso metal, no podría ser cambiado fácilmente entre los solitarios habitantes de las montañas, y sin otro cuidado, gastando en mesones y posadas la poca moneda que traía, llegó por fin á su aldehuela. Era ésta como de una veintena de casas, reunidas allá en los picachos más altos de un monte sombrío y abrupto, rodeado en sus faldas de nogales y castaños, y tan colgada materialmente estaba en las breñas y peñones, que á no ser de las águilas, de nadie había sido visitada.

Llegó el soldado á su hogar, y después de aquellas justas y alegres expansiones de la familia, y después del paseo triunfal por entre vecinos y compañeros, llegó el turno de las especulaciones financieras, y con toda la prosopopeya y engreimiento del caso, sacó nuestro viajero el colosal pedazo de oro; allí había que ver las exclamaciones de los muchachos, el persignarse de las viejas y el regocijo de toda la familia, que se juzgaba completamente poderosa al verse dueña de tan inmensa riqueza; pasó también el turno de las alegrías inesperadas, y una vez sola la familia del soldado, comenzaron los planes para su futuro engrandecimiento; hubo profunda deliberación sobre los medios, y al fin se convino en hacerse con buenos robledales y campos de manzanos que en la localidad se vendían, conformes todos en que sin salir de aquellos queridos y retirados lugares podían llegar á un completo bienestar; pero aquí fué Troya; el pedazo de oro era, ciertamente, un caudal de inestimable valor, y podría haberse comprado con él todo el término del pueblo, pero ninguno de los que fueron llamados para tratar de venta de sus tierras, ó de sus reses, se avino á tomar en cambio de los her-

mosos robles y manzanos, ó de las bien mantenidas vacas, aquellos terrones de oro; la natural desconfianza del montañés, lo nuevo del caso, y un temor justificable en su maliciosa ignorancia, les hacía dudar de lo cierto de la ley de aquel oro, de lo exacto de su peso, y ateniéndose á lo conocido, ningún vendedor quiso asentar el trato, y por más que juraba y perjuraba el pobre soldado, todos pedían por sus bienes buenas monedas de oro ó de plata y aunque fueran de cobre, y no *cascos dorados*, como poéticamente designaban á la colosal pepita de oro; su dueño, que no quiso romperla hasta tener seguridad que se tomarían como moneda los pedazos, llegó en medio de su rabia hasta ofrecérsela á los vendedores toda entera, con tal de hacerse con cuatro pedazos de tierra, pero todo fué inútil, el pedazo de oro, íntegro y valioso, quedó en poder de la mísera familia, que se veía desamparada teniendo en sus arcas una fortuna casi regia.

Pasó tiempo y el soldado, seguro de que había de conseguir mejorar la suerte de los suyos, emprendió la caminata por las montañas hacia la más próxima ciudad asturiana, llevando el oro aquél para cambiarlo donde de seguro conocerían su valor. Pero el viaje era una verdadera temeridad: barrancos, abismos, desfiladeros, nieves, soledades, osos, todo género de contrariedades había que vencer para llegar al término, y todo esto llevando á la espalda un peso muy regular y sin otro recurso para subsistir que la caridad de los pastores de aquellas sierras y las pocas provisiones que consigo pudiera llevarse; nada le arredró al viajero, y con el pedazo de oro perfectamente sujeto á las espaldas, seguía su marcha á través de los montes. Leguas y leguas llevaba andadas, y aunque la fatiga había merma- do sus fuerzas y las escaseces sufridas habían acobarda- do su espíritu, seguía con valor pensando en que todo tendría compensación cuando volviese á su hogar con buena suma de relucientes monedas; en tales ideas lle- gósele una noche más pronto de lo que imaginaba, y no tuvo otro remedio que acogerse á una intrincada espesura; se acomodaba al sueño, cuando un gruñido inmediato le hizo alzarse sobresaltado: enfrente de sí tenía un oso; sin tiempo para reflexionar, se preparó á la defensa: entablada la lucha, aunque las ventajas de- bieran estar de su parte, como ágil montañés que era y como ser inteligente y conocedor de los sitios vul-

¡ MENDICIDAD !



—Sí, señores; si vuestros sufragios me llevan á la Cámara de diputados.. yo...



—Fiel al partido yo no vacilaría en aceptar, no obstante mis aficiones por la vida de familia, una Dirección ó un Gobierno Civil.



—Condesa, no sea usted cruel... ¿por qué no quiere usted hacerme el más feliz de los hombres?

¡ MENDICIDAD !



—Pues sí, querido don José; hemos fundado el Banco Cosmopolita silanagmático que tantos beneficios ha de reportar al país, y vengo para que usted me tome unas cuantas acciones...



—Querido editor, lo que es esa novela no puede usted rechazármela; créame... Pérez Galdós no ha escrito nada tan observado, tan psicológico... Se titula *Crisis del yo*.



—Señores, no vacilo en declararlo con todas las energías de mi honradez y de mi conciencia: la vuelta al poder de nuestro partido se impone: el país lo reclama, y etc., etc., etc.

nerables en el organismo del animal, y aunque sus manos estaban armadas de un fuerte cuchillo, entorpecidos sus movimientos por aquel malhadado peso que llevaba á la espalda, comprendió el infeliz que perdía terreno, y como único medio de salvación, se dejó escurrir entre los fornidos brazos del oso, abalanzándose hacia el borde de un abismo próximo; con tan mala suerte buscó el lugar de su escondite que, en vez de quedar solamente oculto en la espesura, rodó entre la maleza, é impulsado por el fatal pedazo de oro, fué adquiriendo su caída una vertiginosa rapidez hasta dar con su cuerpo en el mismo fondo del abismo. Sin sentido é inerte permaneció largo tiempo el pobre soldado, y cuando la aurora derramaba la suave luz de los reflejos del sol por entre las abruptas montañas, se despertó de su letargo viendo con terror que la sima en que se hallaba era un agujero profundo rodeado de ásperos taludes; en vano, recuperados sus sentidos, intentó escalar aquel abismo espantoso, todo fué inútil; ni un solo punto de apoyo encontraba para salir de aquella tumba, desde donde veía, como un sarcasmo de su dolor, rielar la hermosa luz del sol en un cielo espléndido, y cruzar, piando amores y regocijos, á las libres aves de las montañas. — ¡De qué me sirves, maldito metal! —decía el desdichado, pateando con desesperación el pedazo de oro. — Allá arriba siento que la vida me brinda toda clase de felicidad, que pudiera muy bien gozar sin tu maldita posesión; allá arriba aire, luz, movimiento, el sol, la naturaleza sonriéndome como la esperanza de una dicha sin fin, y aquí, en este agujero hondo, pedregoso y estéril, sin más consuelo que tu fría compañía, me veo, ¡ay de mí, desventurado! con hambre, con sed, con la certeza de mi próxima muerte, y teniéndote entre mis manos como el más inútil y vil instrumento que pudiera darse, sin que me valgas para otra cosa que para torturar mis postreras horas con los deseos imposibles que me sugieras, maldito, maldito mil veces!!...—Así decía el mísero abandonado, llorando amargamente al considerar su triste destino.

Nada le pudo salvar; estenuado de hambre y de sed, loco de terror, murió el infeliz abrazado á la pepita de oro, que lanzaba sus amarillentos reflejos entre aquellas sombras con más viveza que ante la luz del sol. Aquel pedazo de oro quedó perdido para siempre entre el polvo y los huesos de su desventurado dueño, como

prueba irrecusable de que toda riqueza, aun la mejor adquirida, es completamente inútil sin una prudencia exquisita, sin un conocimiento exacto y profundo de los seres y de las cosas, y sin una templanza serena y reflexiva que sea capaz de contener los impulsos de todo movimiento pasional impetuoso. Sí, aquellos tristes despojos del abismo demostraron que la previsión y la experiencia racional tienen para el hombre más efectivo valor que el oro de mejor ley, y que se contribuye más al engrandecimiento social é individual con la poderosa influencia de la sabiduría que con todas las riquezas materiales del mundo.

ROSARIO DE ACUÑA

El suspiro

CANCIÓN

Soplo vano que apaciguas
De los males la inclemencia,
Tan fugaz en tu existencia
Como inmenso en tu poder
Dióte amor su dulce fuego,
La belleza su misterio,
Cuyo blando dulce imperio
Es tu afán engrandecer.

Tú descubres el afecto
Que el rumor no permitía,
Das al tímido osadía
Y eres nuncio del amor;
De dos almas entretienes
La simpática ternura,
Y protejes la hermosura
Contra el tedio y desamor.

Tú conviertes en sonrisa
Del amante los recelos,
Y disipas de sus celos
El veneno matador.
Por tí nace la esperanza
Ya no más alimentada,
Y la llama sofocada
Recupera su fervor.

Nunca faltes á los labios
De la bella á quien adoro,
Cuando en blando ruego imploro
Un favor á su esquivéz:
Ni le niegue una sonrisa
De mi pecho al ¡ay! ardiente,
Cuando acusa de inclemente
La crueldad de su altivez.

BENJAMÍN BLANCO

¡MENDICIDAD



—Créalo usted, Agapito: mi hija, educada en la modestia, en el santo amor de Dios, en el hogar de la familia, es de aquellas que hacen más feliz á un hombre que muchas que tienen dinero y lujo y pretensiones y...



—Dígame usted, Cañamones: ¿usted que es periodista, no podría facilitarme cinco entradas a los toros, para mí y cuatro forasteros de Teruel á quienes tengo que obsequiar?



«El pan nuestro de cada día dánosle hoy...»

Cantares populares

Le pregunté á una gitana
de qué mal me moriría,
y la gitana me dijo
del amor que te tenía.

Al pie de una cruz bendita
llorando me arrodillé,
las lágrimas de mis ojos
se secaban al caer.

Pensamiento *aonde* me llevas
que no te puedo seguir,
si es que ves á mi morena
dila no puedo vivir.

Las doce en el reloj daban
cuando mi madre espiró,
yo en el mundo me quedaba
y ella iba á ver á Dios.

Porque quiero y porque puedo
y porque me da la gana,
te llevo en el pecho mío
en tarjeta americana.

Creí que estaban cabales
las estrellitas del cielo,
hasta que te ví en la calle,
conté y estaba una menos.

Anda diciendo tu madre
que ando tristecido yo,
las penas que á mí me matan
su hija me las causó.

Embarazo de tu suerte
hoy tu madre me ha llamado,
y yo la digo que pronto
te verás sin embarazo.

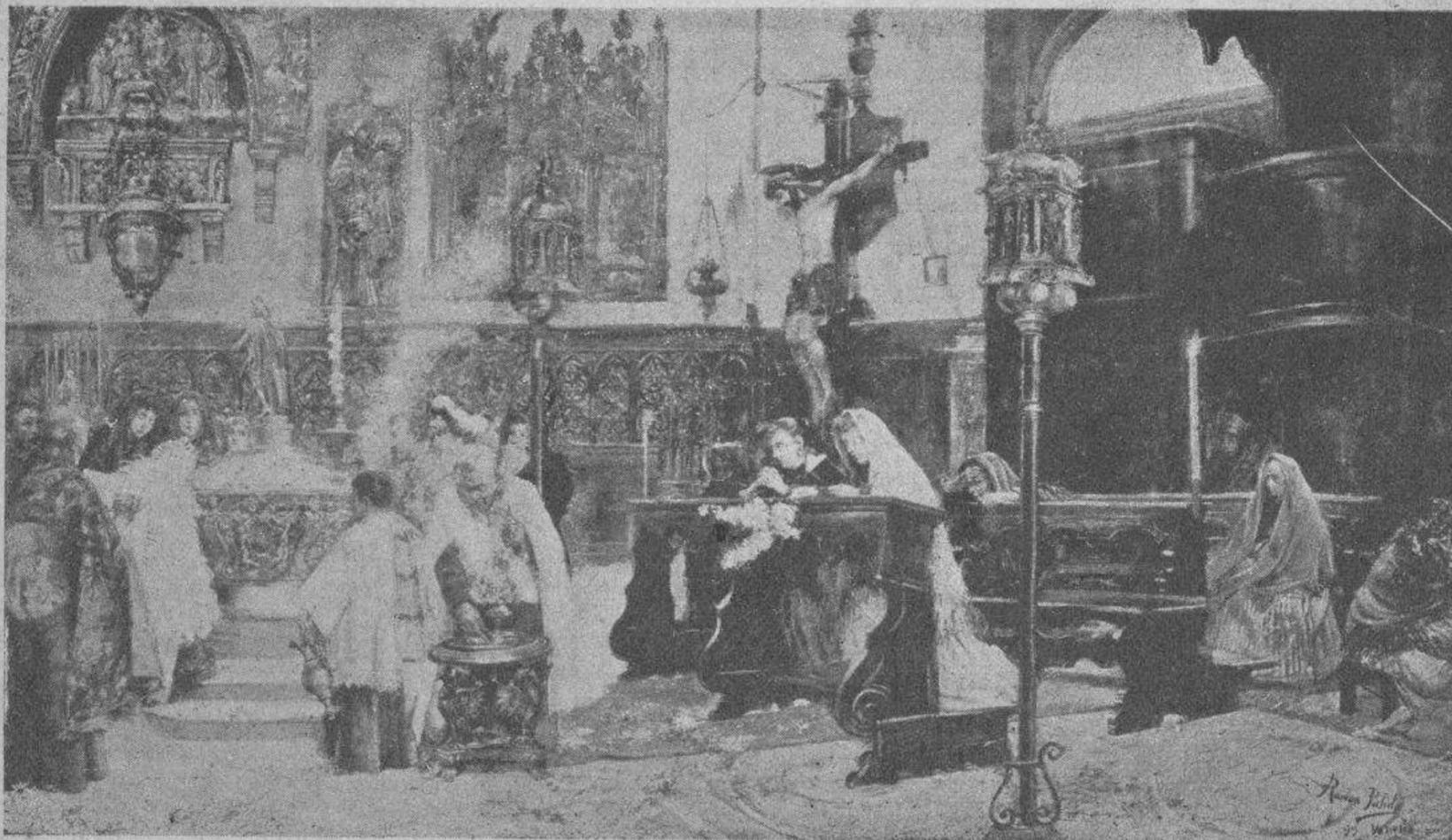
Ná te tengo que deber,
ná te tengo que pagar,
si yo te enseñé á querer
tu me enseñastes á olvidar.

El querer que puse en tí
tan fino y tan verdadero,
si le hubiera puesto en Dios
hubiera ganado el cielo.

Dentro de mi pecho tengo
una escalera de vidrio,
por un lado suben penas,
por otro baja el alivio.

Como quieres que te quiera,
si soy un pobre oficial,
y no puedo mantener
salero con tanta sal?

RAMÓN PULIDO

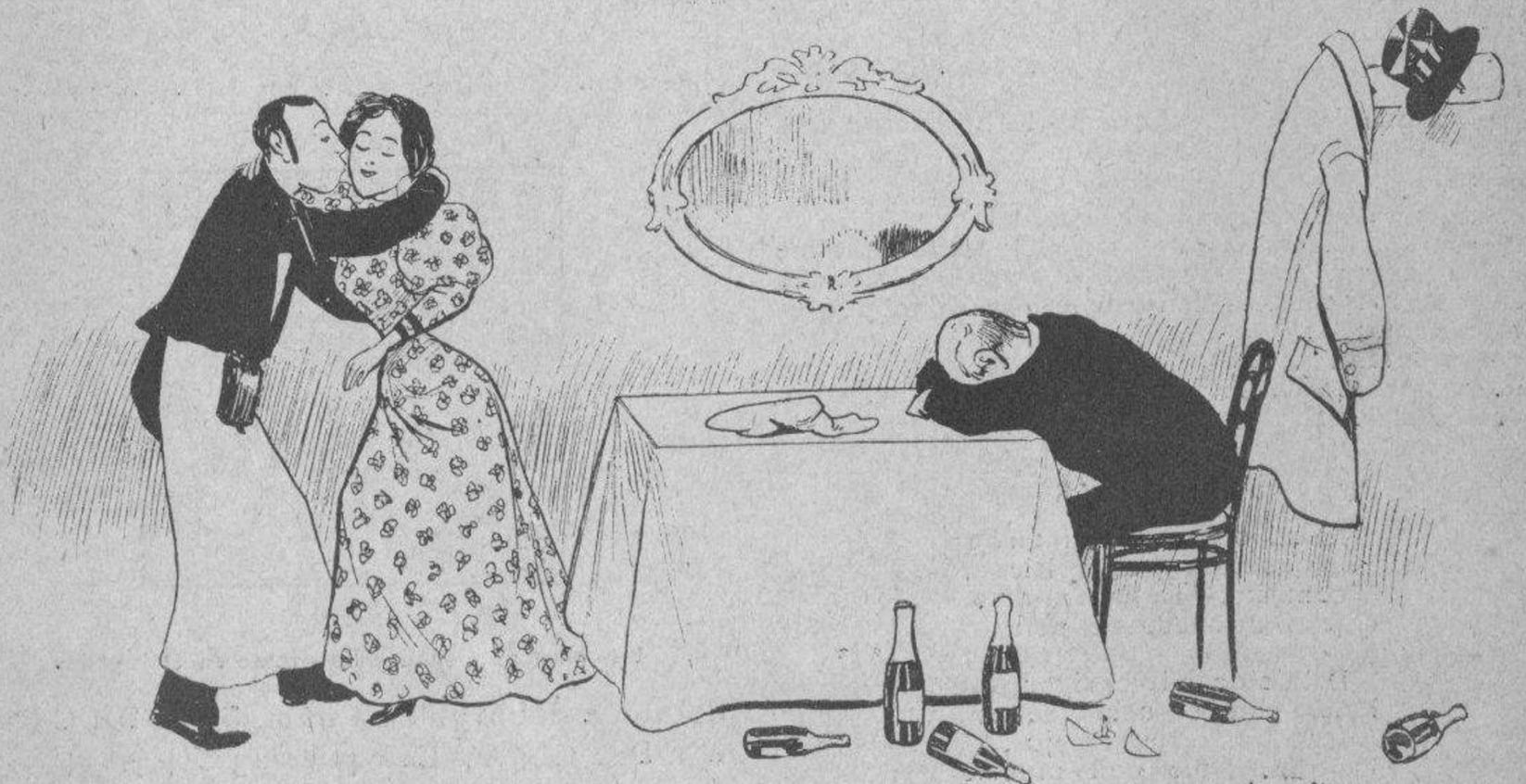


Un bautizo en Venecia

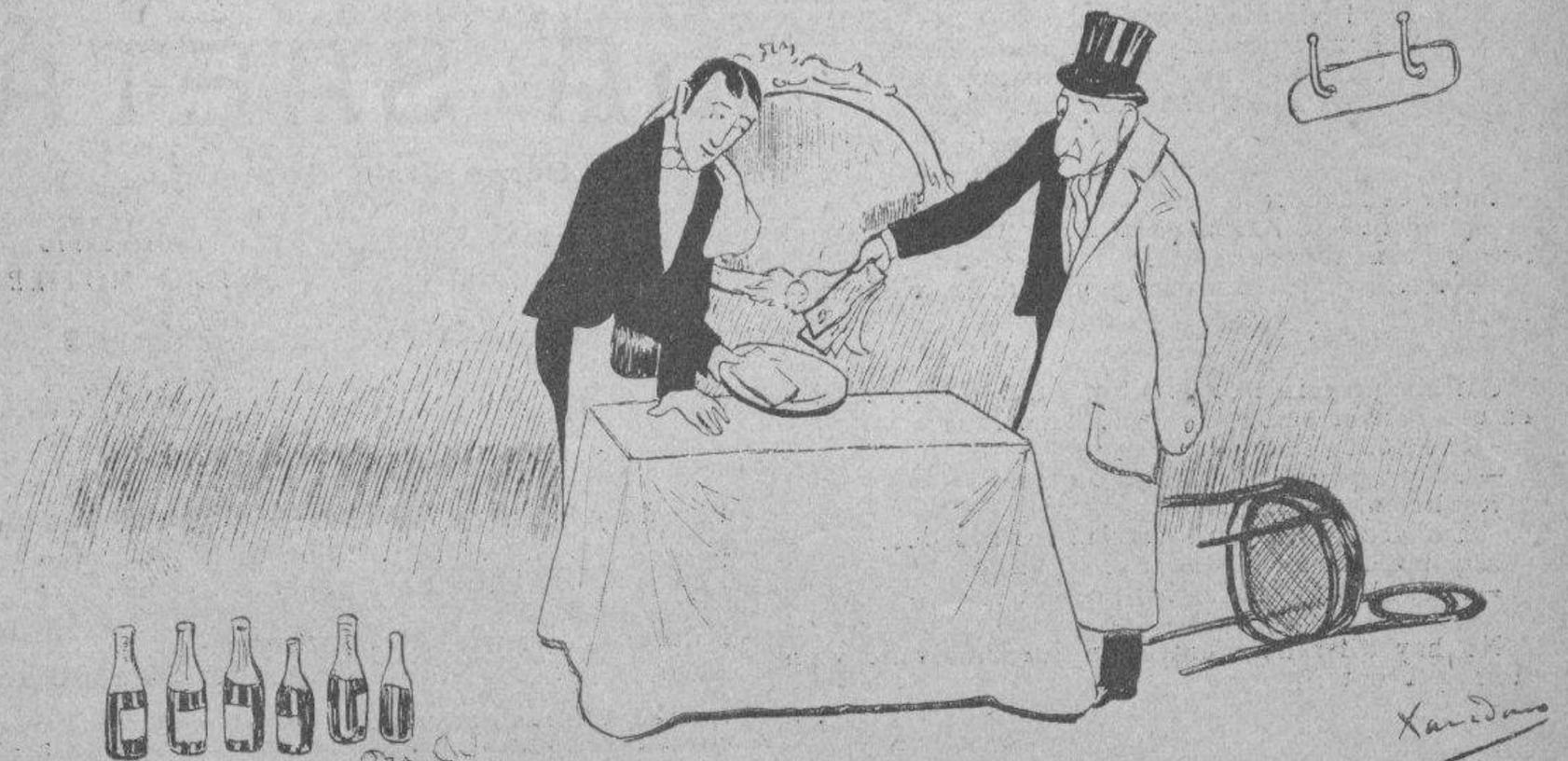
GABINETE RESERVADO, POR XAUDARÓ



A las doce de la noche



A las tres de la madrugada



A las ocho de la mañana

Xaudaró



—Pero, oiga usted, doctor: ¿no ha sido usted propuesto para una condecoración?

—No, señor. ¡Qué quiere usted! ¡Nosotros los médicos tenemos tantos enemigos en este mundo!...

—Muchos más tienen ustedes en el otro.



Examen de Historia:

—¿Por qué César rechazó tres veces la corona imperial?

—Indudablemente, porque se la ofrecieron tres veces.



Entra una señora en una tienda, y dice:

—Le devuelvo á usted el corte de vestido que me había llevado. Apenas estuve en casa, ví que estaba lleno de manchas. Hacen ustedes mal en vender telas sin mirarlas.

—Señora, responde el tendero, es lo único que nos compensa de las muchas que miran telas sin comprarlas.



EPIGRAMAS

Al calvo Juan preguntaron
Por su amigo el calvo Diego,
Y contestó:—Ya hace mucho
Que no nos vemos el pelo.

Del dolor todo el rigor
Muere con la muerte fuerte;
Luego la muerte es mejor,
Porque el dolor de la muerte
Es la muerte del dolor.

F. de la Torre.

Invisible viene á ser
Por su pluma y por su mano
Cualquier maldito escribano,
Pues nadie les puede ver.

F. de Quevedo.



Entre bohemios:

—¿Por qué te has negado á dar tu dirección al amigo Fernández? ¿Es acaso tu acreedor?

—No; pero ¿quién me asegura que no lo sea mañana?



Gastaba un ministro mucho, y tratándose de ello en una conversación, dijo uno, admirado:

—¿De dónde sale esto?

—De lo que entra, respondió otro.

Replicó el primero:

—En verdad, que no lo harían sus pasados.

A que volvió á responder el segundo:

—Pues ahora lo hacen los presentes.



No hay diferencia entre un juez malvado y un juez ignorante.

Cicerón.



Un caballero de cierta edad está de visita.

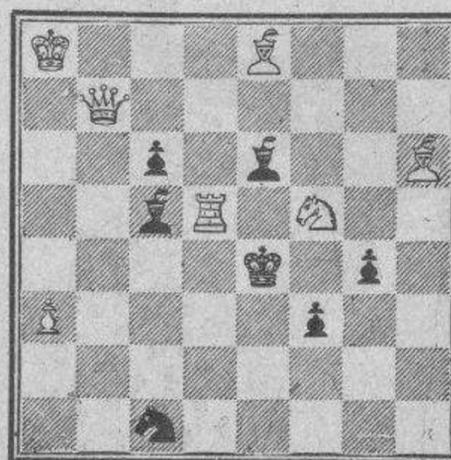
—¡Es una fatalidad! dice. ¡Estoy perdiendo todo el cabello!

—Búsquelo usted por los cajones, exclama el niño, y ya lo encontrará, como le sucedió anteayer á mamá.



Problema de ajedrez núm. 6, por J. TOLOSA CARRERAS

Negras (7)



Blancas (7)

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución del problema núm. 5.—1 D 2 C R—
A X D; 2 C X A—Cualquiera; 3 C ††.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR

V. SUÁREZ CASAN



PROPIETARIO

PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado